

MI COLLADO

Víctor Claudín

Collado es un pueblo tangente. Está situado entre dos pasos naturales por los que cruzar la Sierra del Guadarrama, la carretera que atraviesa la localidad del mismo nombre y la que sube hasta el puerto de Navacerrada. Collado se queda ahí, casi rozándose, vigilante fronterizo, dueño de la ladera que puede señalarse como principio del macizo montañoso que viene inmediatamente, cabalgando frente a la loma de enfrente. Collado es un pueblo alargado, perseguidor afanoso de la línea del ferrocarril que le ha concedido la oportunidad de una estación, origen de su crecimiento, inicialmente como base veraniega para los madrileños pudientes. Collado es pueblo serrano, en algunas de sus tradiciones, en el carácter de sus gentes, en su posición privilegiada.

Mi hijo nació en Collado y, con el tiempo, se ha convertido en el lugar que mi familia y yo hemos elegido para asentar definitivamente nuestra vida.

Collado puede ser lo que otros han renunciado ser, aún algunos errores del pasado. Un pueblo de crecimiento controlado, que conserve y cuide los vestigios, los rincones y las construcciones de las generaciones anteriores, que mejore su estructura sin hacer grandes estropicios, tal y como no ha ocurrido en otros pueblos cercanos que han preferido apostar por convertirse en ejemplos de ciudades sin personalidad propia.

Cerca Madrid. Próximo el mundo grande, la noche honda, el tráfico, las historias amantes, los amigos de antes, la parafernalia del poder, el diseño de cualquier cosa, todo al alcance de la mano, lo malo y lo bueno, y hasta lo intermedio.

Aquí el campo. A un paso la naturaleza viva, las excursiones sanas, el deslumbramiento de vistas que se saben únicas, la perspectiva profunda presintiendo la gran urbe al fondo, cada puñado de luces otro pueblo, Guadarrama, Alpedrete, Galapagar, Collado Villalba. Cerca las trincheras de aquella guerra tan nuestra, una localidad marcada entre otros por el nombre de Marsá que nos convierte en una localidad que pertenece a la historia reciente, de esa que aún nos nutrimos, que no conviene olvidar. La jara, las vacas, la pelea entre el dinero y la serena convivencia.

El tren parte y se lleva a los veraneantes, a los que no son capaces de empadronarse. Nosotros nos quedamos. Collado Mediano ya no es sólo de los que nacieron en sus casas de piedra. Muchos somos capaces de echar raíces en un ámbito que tiene que permanecer, asumiendo lo imprescindible.